

Melissa había tenido un día agotador, y se mete en la cama casi vestida porque al día siguiente tendrá que volver a levantarse a las siete.

Su vida, al menos hasta que se casó, había resultado de lo más azarosa.

Para empezar nació en Nueva York, de padre español, gallego, y madre cubana.

Sus padres se divorciaron cuando ella tenía cuatro años, casi cinco.

Todavía lo recordaba como algo traumático porque adoraba a su padre, y él los abandonó por otra mujer.

Como su madre no tenía ningún familiar en Norteamérica, ya que había huido sola de su país, y no sabía a donde ir con sus dos hijos, ella y un recién nacido; se le había ocurrido viajar a la aldea de su esposo.

Al llegar allí, con tan solo cinco añitos, se había dado cuenta de que los habitantes de aquella región eran más bestias que los animales de los que cuidaban y se alimentaban.

Su padre debía haber sido el más refinado del pueblo, y ella, al hacerse adulta, comprendió la razón que le había llevado a atravesar el océano y a no querer nunca más regresar.

Su madre, que aún estaba enamorada de él, pensó que se cansaría de su idilio y regresaría al hogar.

Y así fue, al cabo de unos años dejó plantada a la otra con un niño, pero antes ya se había buscado la siguiente, y así continuó el muy bribón hasta la actualidad.

Su madre tenía que haber sufrido tanto que ella no se lo podía ni imaginar.

Para empezar, había pasado de usar pañales desechables con su hija, a tener que lavar a mano las compresas de tela que utilizaba con su hijo, porque en casa de su abuela no había ni siquiera lavadora.

En cuanto a tecnología, allí carecían de todo.

Sin duda ése era el motivo por el que el ochenta por ciento de los habitantes habían emigrando, bien a Madrid, bien a París.

Su padre, tan original él, era al parecer el único al que se le había ocurrido la idea de irse a Nueva York.

El condenado era guapo, y como trabajar nunca debía haberle gustado demasiado, había agudizado el ingenio.

Debía ser cierto eso que decía su hermano, también muy apuesto, pero de la acera de enfrente.

Él, que había estudiado una carrera y tenía ideas brillantes, no como ella, que a duras penas había conseguido aprobar tercero de BUP, que se llamaba entonces; tenía la teoría de que el progreso social puede ser medido por la insatisfacción sexual del sexo femenino.

La verdad es que, afortunadamente, en su caso no tenía ningún problema de esos, aunque pudiera deberse al hecho de que su marido era árabe, que teóricamente poseían una cultura mas arcaica.

Sin embargo creía que la engañaba.

Cada vez que viajaba a Marruecos a por género para vender en su tienda, que por cierto la tenía debajo de casa para así mantenerla bien controlada, ella sospechaba que había estado con otra mujer.

Podía verla en sus ojos, e incluso esforzándose mucho sería capaz de apreciar su imagen porque se le quedaba grabada en las pupilas.

Al cabo de unas semanas se le borraba, y así llevaban desde hacía diez años que se habían casado.

En el fondo no le importaba, y en noches como aquella, que se iba rendida a la cama, llega incluso a comprender la conveniencia de la poligamia.

Melissa se sueña bella, envuelta en velos de seda que acarician suavemente su piel. Magníficos dibujos de henna recorrían sus brazos representando formas florales y geométricas que no dejaban de maravillarla.

La iconografía árabe le fascinaba porque decoraban los espacios domésticos como si se tratara de templos.

Cada simple objeto llevaba impresa la marca de esa fascinante cultura, mientras que en la suya el plástico lo había invadido todo.

Cuando era pequeña tenía un vasito azul por el que bebía y que le gustaba mucho porque se trataba de algo que le pertenecía en exclusiva, aunque cuando habían llegado a España se había dado cuenta de que por él el agua y la leche sabían fatal en comparación con los de cristal.

El olor tóxico del recipiente por el que había malbebido los cinco primeros años de su vida hacía que ahora le produjeran una aversión terrible las tiendas regentadas por chinos, y todas aquellas en que vendían los productos fabricados por ellos.

El mundo del plástico le resultaba falso y malvado, como el Mickey Mouse que tenía estampado su vaso azul.

Cuando era niña consideraba a aquel personaje uno más de la familia ya que se encontraba impreso en toda su ropa, incluso en sus braguitas.

Sin embargo, tras la ruptura de su padres, su inconsciente había demonizado a aquel ratón que en sueños se burlaba de ella.

Por esos motivos tan personales, aunque para muchos los Estados Unidos pudieran representar una especie de tierra prometida, para ella se trataba de todo lo contrario. En el 2003 había por las calles de Madrid una pintura de Aznar con orejas de Mickey que le encantaba porque también veía así a Bush junior, considerando la guerra en la que ambos se habían involucrado como el ciego afán por el petróleo de una cultura altamente tóxica.

La árabe, sin embargo, le fascinaba.

Le encantaba la danza del vientre, la gastronomía, la decoración...

Todo le parecía tan bello como los rostros de las mujeres árabes, las cuales se maquillaban haciendo de los ojos verdaderos cuadros.

Y es que la mirada representa una obra de arte pues sirve de vía de comunicación entre las almas.

El tema del velo le parecía controvertido, la verdad, pero a ella no le incumbía ya que no se había convertido a la religión musulmana por el momento.

Había que reconocer que en nuestra cultura el cabello tenía también una importancia crucial, ya que la clase social podía adivinarse por la cantidad de mechones y laca que una se pusiera encima.

En su caso había comenzado a cubrir las canas con henna que su marido traía de Marruecos.

Siempre, desde que era niña, había tenido una melena preciosa.

Aunque había sobrepasado los treinta, intentaba mantener su pelo sano y brillante, ya que para ella simbolizaba su bienestar físico y moral.

A pesar de que trabajaba muchísimo, era feliz porque amaba a su marido y adoraba a sus tres hijos.

En su sueño, cuando su cabello estaba siendo cepillado por mujeres con el rostro velado, sintió como si se produjera un terremoto.

Las paredes de la habitación se derrumbaban y su marido la llamaba a gritos con una voz realmente angustiada.

Trata de despertarse para ir a rescatar a sus hijos, pero inmediatamente se siente atrapada por un delicioso sueño del cual es incapaz de escapar.

Melissa apaga el despertador, que a menudo podía sonar durante horas sin lograr despertarla.

Lo primero que hacía siempre era mirar la hora y respirar hondo al comprobar que no llegarían tarde ni ella al trabajo ni los niños al colegio, luego saltar corriendo de la cama y prepararse un café con los ojos aún cerrados.

Permanecía dormida aún unos minutos frente a la cocina hasta que el silvido de la cafetera marcaba el momento de levantar definitivamente los párpados y enfrentarse a la realidad.

Todo aquello resultaba una tortura diaria, pero estaba acostumbrada, lo mismo que a criar a sus hijos siempre corre que te corre, agobiada pero en el fondo feliz.

Su secreto sin dudas era el café, ese brebaje turbio que la ponía espídica cada mañana, pero sin el cual no sería capaz de sostenerse en pie.

Reconocía que para ella se trataba de una adicción porque cuando se iban a Marruecos de vacaciones era consciente de los efectos tan nocivos que producía la abstinencia en su cuerpo y en su alma.

Se mantenía fiel a su droga porque le parecía que la vida consistía en soportar un sufrimiento constante y combatir un cansancio permanente con una sonrisa en los labios.

Conocía además a muchas mujeres cuyas vidas eran aún mucho más perras que la suya.

Si su madre se había ido de Cuba en busca de una vida mejor, y no lo había conseguido, no era plan de restregárselo a la pobre por las narices.

Por eso trataba de llegar viva al final del día, para llamar a su progenitora y asegurarle que se encontraba bien, ya que para ella vivir consistía en dar la vida y las gracias a quien nos la ha proporcionado.

Por ese motivo aguantaba todo y más, como el hecho de que su marido hubiera pasado una vez más la noche fuera de casa.

Aunque se hacía la tonta, conocía muy bien todos y cada uno de los asuntos turbios en los que estaba metido, desde el tráfico de hachís hasta que le gustaba irse de putas.

Su hermano le había contado que más de una vez que lo había visto solicitar los servicios de las jovencitas de la calle Montera.

Y aunque él tampoco le había precisado por qué demonios se encontraba allí, como desde que era pequeño le había visto utilizar los productos cosméticos de su madre, suponía que además de un erudito era travesti.

Ella, aunque podía parecer una mujer de lo más vulgar, comprendía todo porque su corazón era inmensamente grande y carecía de prejuicios.

Árabes, cristianos, ricos y pobres, eran iguales frente sus ojos puros y llenos de amor hacia los demás.

Quizás en eso radicaba el secreto de su felicidad.

Con tomarse cada mañana un café tenía suficiente para afrontar todas las vicisitudes cotidianas, y por eso comprendía también a los que fumaban porros o se atiborraban de cocaína y alcohol.

La vida era igual de dura para todos, y sin drogas, o la más fuerte de todas ellas, el amor, se volvería insoportable.

Lo que ya no le parecía tan bien era lo de que ir a comprar sexo fuera teniéndolo en casa, así que las cosas no iban a quedar así.

Esa mañana, por mucho que el encargado le echara una bronca de tres pares de tetas, ya que era domingo, se merecía un descanso.

Así que apaga el despertador sin temor a dormirse de nuevo.

Melissa juega en la cama con sus hijos.

Se hacían cosquillas y se besaban sin pudor, ya que ella consideraba que así debían tratarse las personas, sin interponer barreras entre ellas, ya que eso luego les causaba traumas.

Por esa razón, a los que les educaban prohibiéndoles todo, y evitando el contacto físico, se volvían maniáticos, bien muy retraídos, o bien agresivos.

De eso había hablado más de una vez con su hermano.

Él estaba absolutamente de acuerdo con sus ideas, que al fin y al cabo resultaban de sentido común.

También era muy importante no darles órdenes, ni gritarles, como en el ejército; sino tratarles con cariño y respeto en todo momento.

Por lo visto muchísimos niños estaban yendo al psicólogo, y eso significaba que sus padres no lo estaban haciendo nada bien.

Entre los infernales divorcios y los complejos que la gente les creaba a base de transmitirles sus propias inseguridades, últimamente se estaban engendrando verdaderos monstruos.

A ella le daba pena ver a los chiquitines llorando todo el día y con ojeras, a punto de volverse locos.

Todos encopetados, eso sí.

Endomingados pero sufriendo ya por los pecados de toda la humanidad.

Un síntoma de que se encontraban afectados por la raíz del mal en occidente, la repulsión carnal entre los seres humanos, era que siempre se encontraban enfermos, cuando los suyos ni siquiera se acatarraban en todo el invierno.

Mira que en Madrid hacía frío y estaba contaminado, pues ni con esas.

Pasaban las tardes en la calle, se divertían, y dormían como angelitos.

La cuestión radicaba en comportarse con ellos de un modo sano.

Estar de buen humor era la clave para que ellos se sintieran seguros.

Si les amaba, ¿cómo iba a mantenerse distante con ellos?

Tendría que estar mal de la cabeza para hacer algo así.

Como su hermano para todo tenía una teoría, mantenía que mucha gente falseaba su verdadera sexualidad, lo cual resultaba tan patológico que llegaba incluso a derivar en enfermedades mortales.

Y no sólo eso, sino que también aseguraba que los que asesinaban a sus mujeres eran maricones que en el fondo las odiaban a muerte.

También argumentaba que la homosexualidad reprimida era lo que había llevado a su propio padre a comportarse como un canalla con todas las mujeres.

Lo que estaba claro es que su sangre cubana era más pura.

Los españoles, que en América no había hecho más que abusar de las mujeres y esclavizar a los hombres, ahora tenían su merecido.

Todos los sudamericanos que ella conocía, al verlos así de amargados, incluso a pesar de estar forrados, opinaban que las armas que habían utilizado para llevarse el oro de sus tierras, ahora se estaban volviendo en contra suya.

Afortunadamente sus hijos no andaban con españoles, sino que jugaban en la calle con niños de todas las razas, todos muy simpáticos, educados y cariñosos.

Los había sudamericanos, chinos, gitanos, rusos, rumanos...

Todo el mundo estaba dispuesto a jugar con ellos y ellos con todo el mundo, como tenía que ser.

Así estaban siempre de sanos y felices.

Lo cierto es que su marido era algo pudoroso, así que aprovecha que aún no ha llegado para divertirse con los niños a sus anchas.

Melissa acaricia la cabeza de su marido.

Aquello era nuevo porque normalmente no se dejaba, al menos mientras estaba despierto.

Al parecer las muestras de afecto a los hombres por parte de las mujeres estaban muy mal vistas en su cultura.

En el fondo creía que la occidental mantenía los mismos preceptos, aunque de un modo mucho más hipócrita, eso sí.

Mucho criticar el ramadán, para luego a celebrar las navidades por todo lo alto, sin tener en consideración las creencias de los demás.

Ellos se iban a pasarlas a Marruecos porque no soportaba aquel mercantilismo del sentimiento amoroso.

O la semana santa española, qué cosa tan escandalosa, pura histeria colectiva que arrastraba a millones de personas como corderos víctimas de un masoquismo aún más exagerado que el del ayuno árabe.

La cuestión estaba en sufrir y en evitar el contacto con el sexo opuesto, en rechazarlo con cualquier excusa.

Aquello siempre le había sacado de quicio pues su alma cubana se rebelaba como la de una revolucionaria.

No en vano su flor favorita se llamaba pasionaria, como la famosa comunista asturiana, y procedía de América.

Si por ella fuera emprendería una revolución, cargándose para empezar al dichoso ratón de Walt Disney.

No en vano su creador se había declarado anticomunista, al contrario que el entrañable Charlie Chaplin.

El hecho de matener a los niños embobados era lo que más le fastidiaba de todo ese mercado pseudoreligioso consumista de corte puritano protestantista.

Al menos el comunismo, allí donde había triunfado, se había encargado de frenar el flagelo de las religiones, todas ellas creadas con el único fin de mantener a la gente subyugada y amedrentada.

Entonces recordaba la terrible impresión que le habían producido ver a cientos de viejas de negro recorriendo a gatas el camino hasta una iglesia a la cual una vez la había conducido su abuela.

Terror, era la palabra, y el amor su antídoto.

Porque amaba a su marido, con el que se había casado por el juzgado por cuestiones burocráticas, aprovechaba para acariarle tiernamente mientras dormía.

Comprendía perfectamente además por qué la religión lo consideraba algo pecaminoso, pues todas ellas trataban de someter a las mujeres a base de rebajarlas casi a la altura de los animales.

Eso se lo había enseñado su hermano cuando era aún un crío.

Siempre con ese aire distraído y concentrado a la vez, acariciando un perro, le había explicado que aquel gesto era lo único que nos diferenciaba de las bestias.

Sus pies delanteros, mal llamados manos, sus zarpas, y ya no digamos las pezuñas, no les servían para hacer el amor, y estaban condenados a fornicar.

Qué lástima para ellos, porque nunca llegarían a alcanzar la gloria, pues nada había más placentero en el mundo que recorrer suavemente la piel de otro ser.

Por eso comprendía que las personas que vivían solas tuvieran la necesidad de una mascota a la que acariciar.

Precisamente por eso ella era dichosa.

Cada día alguno de sus hijos, como ahora a su marido, se encontraba con la cabeza apoyada en su regazo y ella acariciándosela.

Melissa charla tranquilamente con las otras dos cajeras.
Le llamaban la jefa porque se empeñaba en tomarse las cosas con calma.
Hoy había batido un récord llegando tres horas tarde.
El encargado, al que apodaban el pastor alemán, le había pedido explicaciones, pero ella se había negado a ofrecérselas.
No había podido venir antes y listo.
Podían descontárselo del sueldo, que como era una miseria, ni se iba a enterar.
Él la había amenazado delante de todas con el despido, y ella le había respondido que siguiera ladrando, que era lo suyo.
Las otras se habían echado a reír.
No era guapa, pero tenía mucha gracia.
Parecía andaluza en vez de gallega.
En el fondo sus compañeras apreciaban su valentía pues a ellas les venía muy bien.
Les infundía valor, algo de lo que todas carecían pues sus vidas privadas resultaban bastante complicadas.
La mayoría eran mujeres con hijos, algunas separadas a las que sus maridos antes de abandonar habían maltratado cruelmente para hacerlas trabajar hasta la extenuación.
Luego, dispuestos a seguir maltratándolas, eran capaces de hacer cualquier chanchullo para no pasarles ni un céntimo.
No tenían estudios, venían de familias pobres, y no sabían defenderse.
Ella consideraba, por lo que le contaban, que su morito era un santo al lado de los ex maridos de sus compañeras.
Y es que antes, si una quería casarse, tenía que subyugarse al marido y convertirse en su esclava en casa, pero ahora además la obligaban a serlo también fuera.
Lo primero que querían saber los hombres antes de salir contigo, era si trabajabas.
Lo de invitarte ellos a ti, se había acabado, cada uno lo suyo de novios, pero de casados, con los gastos de la casa corría la mujer.
Pero es que a ellos, los hombres de clase obrera, con menos posibilidad aún de conseguir un empleo que las mujeres, la sociedad no les ofrecía otra posibilidad para costearse los vicios, que no eran pocos, que aprovecharse de ellas.
España era el país de la fiesta.
Eso estaba muy bien para los que venían unos días de vacaciones, pero no para los que tenían que sufragársela a costa de quien fuera toda su vida.
De ahí procedía el odio de muchos hacia el actual gobierno, pues pensaban que la culpa era suya, por administrar mal los fondos públicos.
Antes, al menos, con eso del pelotazo inmobiliario, la población masculina se mantenía esperanzada, como si a todos les fuera a tocar esa perversa quiniela.
Pero tras años y años de bonanza, sin preocuparse en absoluto por la política, ahora se habían dado cuenta que de que el Partido Socialista Obrero Español, de obrero y socialista no tenía nada.
Incluso se rumoreaba que los principales grupos sindicales estaban siendo sobornados por multinacionales para aumentar las jornadas de trabajo y reducir los salarios.
Si era así habría que tomar la calle pidiendo auxilio, especialmente las obreras, doblemente esclavas.
En realidad hablaban sobre eso.
La polis, le había explicado su docto hermano, era la ciudad, y la política suponía una labor realizada en beneficio de los ciudadanos.
Por eso ahora, con su habitual dulzura y hablar pausado, anima a sus compañeras a participar en la manifestación de esa tarde, asegurándoles que al menos gritar en público les servirá para aliviarse frente al peso de tanta injusticia.

Melissa baila flamenco en la Puerta del Sol mientras un chico delgadito de su grupo canta sin parar.

Aquello era lo que realmente le gustaba.

Pensaba que en Cuba la gente sabía vivir sabrosamente bailando salsa, y que así, sanamente, alimentaba su alma.

Por lo visto allí no había enfermedades psicológicas porque cualquiera tenía el derecho de contarle sus preocupaciones al primero que se encontrara por la calle, y la gente se desahogaba gratis.

Al fin y al cabo todos tenemos los mismos problemas, casi siempre amorosos, que con paciencia, como todo, se acaban solucionando.

Vale que el comunismo les había dejado en la miseria alimenticia, pero al menos la alegría y la música les consolaba.

Cada familia, comunidad, o Estado, tenía el deber de alimentar a sus miembros física y espiritualmente.

Se trataba de crear un sistema bien estructurado capaz de garantizar no sólo la supervivencia de los más débiles, como niños y ancianos; sino el bienestar físico y moral de todos.

Claro que eso no resultaba fácil, pero para lograrlo la humanidad había ido desarrollando sistemas económicos y sociales cada vez más complejos.

Cada etapa histórica representaba una vuelta de tuerca para la civilización.

Justo tenía fresca la Edad del Bronce porque acababa de explicársela a sus hijos.

Los días festivos se aprendían una lección de historia que debían compartir con sus amigos, siendo ellos los que buscaran la información en internet.

Así les enseñaba jugando.

También hacían pequeñas representaciones y cancioncillas para que no se les olvidaran cosas tan básicas como que el arado había sido inventado tres mil años antes de nuestra era.

Lo de Cristo y Mahoma lo llevaban mal, porque ser equánime y respetar ambas fechas resultaba fatigoso.

Pero qué iba a hacer si sus hijos pertenecían a dos culturas que no querían ponerse de acuerdo ni a tiros.

Ella prefería en cierto modo la árabe, pero no en todos los aspectos.

La comida, por ejemplo, le parecía más sabrosa.

Lo de que no quisieran comer cerdo lo comprendía, porque menuda obsesión tenían los españoles con el jamón y el chorizo.

Era casi peor que lo de los alemanes con sus repugnantes salchichas.

Se podría decir que la mayoría de la gente de este país padecía cerditis, especialmente los gallegos.

En las aldeas la gente se alimentaba básicamente de carne porcina, y así estaban, pues eso de que de lo que se come se cría suponía una verdad como un templo.

Si en Mesopotamia habían llegado a crear una gran civilización gracias a la agricultura, lo que podría hacerse ahora si el mundo estuviera bien repartido y la globalización, en vez de al saqueo, condujera al reparto.

Pero ahora ya no se trataba tan sólo de ofrecer alimentos a la población, sino de atiborrarles de vanas ambiciones, como hacía el capitalismo.

En cuanto a bienes materiales, en Europa había de todo.

Lo único que faltaba era paz espiritual para, teniendo lo suficiente para comer, dedicarse a satisfacer otras necesidades mucho más elevadas.

Por ello encontrarse consagrando su tiempo a bailar y divertirse con las personas que amaba, le parecía todo un avance económico y cultural.

Melissa se acuesta agotada, y ese día le deparará aún más sorpresas. Mohamed no se conformará con haberle preparado la comida y dado un beso en público, sino que le confesará la verdad que ella ya sospechaba. Le dirá que tenía otra familia en Tánger, otra mujer y otros hijos, y que la pareja de ancianos de Tetuán no eran sus padres. También se atreverá a reconocer que cuando iba a Marruecos a por mercancía aprovechaba para transportar ilegalmente hachís. Y hasta le confesará que más de una vez había solicitado los servicios sexuales de mujeres, tanto en España como en su propio país. Aquello podría horrorizar a cualquiera, pero no a ella, que cree que la base del sistema económico neoliberal es el tráfico de drogas, de armas y de mujeres; y piensa que ese gran problema mundial, de no ponerle freno, tenderá a agudizarse cada vez más. En realidad temía por sus hijos, ya que son siempre ellos los que acaban pagando por los delitos cometidos por sus padres. Pero el hecho de que él se hubiera redimido, le aliviará. Lo de su familia le parecerá que hasta tiene gracia, y querrá conocerla, pero su mujer se negará a aceptarla pues la considerará una ramera por el simple hecho de pertenecer a la cultura occidental. Sus padres, en especial él, cómo no, tampoco querrán saber nada de ella ni de sus hijos, y acabarán repudiándolo por su culpa. Pero de todas las mutaciones que tendrán lugar aquella primavera árabe de su vida, la que más revolucionaria le parecerá será la producida en la cama, ya que él se esforzará todavía más por hacerla gozar. En el fondo le parecerá que en la ausencia de goce sexual radica el malestar social, no sólo en España, sino en toda Europa, con Alemania, cómo no, a la cabeza. Sin embargo le sorprenderá comprobar que en las revueltas ciudadanas iniciadas el 15 de mayo se encuentren tantas parejas de enamorados. Aunque a pesar de la bondad, esfuerzo y sentido común de tanta gente, los medios de comunicación, los responsables de tanta indignación, pues su negocio es la crispación y la violencia, se volverán contra los árabes acusándolos de haber acosado a las mujeres. Aquello le parecerá otro golpe bajo, pero una vez que la sociedad se pone en pie con ganas de luchar por sus derechos, y deberes, a favor del interés general, uno ya no se deja afectar por las calumnias de los responsables de tanta injusticia. Ella, con sus hijos, comenzará a asistir a las asambleas del barrio, y participará en programas alternativos de educación ciudadana. También se aficionará aún más a la lectura, y con mucho esfuerzo logrará que su marido vaya acostumbrándose a leer y de paso mejorando su español. Tan abierto de mente le parecerá, que llegará incluso a atreverse a mostrarle el libro más prohibido para los musulmanes. Aunque él no se enfadará porque sabe de sobra que ella no tolera a los católicos, que le parecen unos puercos que comen jamón y beben vino hasta reventar, y que haciendo honor a su naturaleza porcina, sólo se preocupan por destruir cuanto encuentran a su paso. Y ya que con eso de no llevar velo, lo único que parece interesarles a las mujeres occidentales es su cutis, cuando ella abandone su duro trabajo se dedicarán juntos a vender aceite de argán. Como su tienda se llenará de ricachonas ociosas, aprovechará para crear una asociación de ayuda a mujeres marroquíes. Así que cada noche se acuesta agotada, pero esperando aún gratas sorpresas.